

concepción de su cuerpo?». Y después de dar cuatro argumentos en favor, responde: «La santificación de la Virgen no se concibe antes de la animación por dos razones: primera, porque esa santificación debía purificarla del pecado original, y el pecado original sólo puede ser borrado por la gracia, cuyo sujeto es el alma; segunda, porque si la Santísima Virgen hubiese sido santificada antes de la animación, no hubiera incurrido en el pecado original y, por tanto, no hubiera sido redimida por Cristo, lo cual es inconveniente, pues Cristo es el Redentor de todos los hombres. Queda, pues, que la santificación vino después de la animación».

Debemos recordar que para los teólogos escolásticos, la animación se realizaba uno o dos meses después de la concepción. Por eso es extraño que Santo Tomás no presente la cuestión en esta forma: «¿Fué santificada la Virgen en el momento de su animación?». Así la había propuesto San Buenaventura, aunque para responder negativamente. El contraste entre la devoción popular y las dificultades de orden teológico debió inquietar al Doctor Angélico durante toda su vida. Se le ve vacilar, afirmando en sus libros de carácter piadoso y negando en los que tienen una categoría científica. En 1272 escribe su Exposición a la Salutación angélica. Es un tratado de afirmación: «La Virgen Santísima fué la pureza misma, porque no contrajo ni el pecado original, ni el mortal, ni el venial». Pero unos meses más tarde empezaba su Compendio de Teología, que dejó sin terminar, y en él leemos esta frase: «Hay que admitir, por tanto, que la Virgen María fué concebida con el pecado original, pero limpiada de él de un modo especialísimo». Y un hecho que no debemos olvidar es que, mientras que los discípulos de San Anselmo fueron grandes defensores del Dog-

ma, los del Angélico militaron siempre en la oposición.

## DOS GRANDES CAMPEONES

La teología se va a rendir, al fin, por la intervención de dos grandes campeones. Raimundo Lulio y Juan Duns Scoto. El mallorquín es anterior, pero el inglés, que habla desde las aulas de la Sorbona, va a tener una influencia más universal. El mismo año en que Santo Tomás publica su *Exposición del Ave María*, lanza al público Raimundo Lulio su «Libro de los principios de la teología», que termina con expresiones de amor y veneración a la Virgen María, «sine labe concepta». Lulio era un poeta, y ya hemos dichos que esta gloria de la belleza perfecta en la más alta de las criaturas estaba más al alcance de los poetas que de los teólogos. Más tarde, en una obra suya de 1295, el Doctor Iluminado sienta esta proposición, en la que se ve que quiere atacar de frente el problema: «Si la Virgen Bienaventurada contrajo el pecado original». Y, naturalmente, su contestación es negativa. Existe además con el nombre de Raimundo Lulio un tratado entusiasta, sutil, apasionado, en el que se ve el sello auténtico de su espíritu. El título es ya una declaración del contenido: «De la concepción inmaculada de la Virgen María, inmune de toda mancha original».

Con el terciario franciscano hace coro el ardiente doctor de la Orden de San Francisco. Scoto empieza en 1300 sus enseñanzas en París. La tesis sobre la Concepción Inmaculada de María es una de las que le harán más famoso. No teme romper con la red cerrada de argumentos que le presentaban las grandes autoridades teológicas. Frente a ellos recoge, ordena, condensa, ilumina y